

La República de China y las Naciones Unidas

Lien Chan

A pesar de todas las especulaciones de los periodistas y las elucubraciones de los académicos, todavía está por definir el bosquejo de lo que podría llamarse la arquitectura del mundo de la posguerra fría. Dando esto por sentado, hay una serie de cuestiones sobre ese mundo que se repite en los análisis de los responsables políticos.

Todos los principales actores de la comunidad del Pacífico, por ejemplo, desde Estados Unidos hasta Indonesia, han expresado su interés en desarrollar un mecanismo multilateral para la resolución de los crecientes problemas económicos, políticos y de seguridad. Los importantes desequilibrios comerciales, el incierto, aunque explosivo, crecimiento y desarrollo económico, el acelerado incremento de los inventarios militares, y la aparición de cambios políticos desestabilizadores en varias zonas, contribuyen al desasosiego real y potencial que invade a los dirigentes políticos de la región.

En el medio siglo transcurrido desde el final de la Segunda Guerra mundial, Estados Unidos actuó como líder de una comunidad de naciones comprometidas con la paz, la estabilidad y el desarrollo económico. El precio que pagó EE UU por esta iniciativa fue elevado, tanto en términos de vidas como de riqueza. En el transcurso de ese difícil medio siglo, Japón, la República de Corea y la República de China (ROC) en Taiwan alcanzaron una tasa de crecimiento y desarrollo tan importante que los convirtieron individual y colectivamente en la envidia de la comunidad de naciones menos desarrolladas. Cuando la guerra fría tocaba a su fin, las naciones del sureste asiático emprendieron una trayectoria parecida de fuerte crecimiento. A su vez, China continental se convirtió en una economía en expansión, con un potencial que tiene implicaciones para la economía del mundo entero.

Las economías de Asia en rápida expansión, encabezadas por Japón y cuatro países recientemente industrializados, incluida la República de China en Taiwan, producen tanto como Estados Unidos o Europa. Incluso sin Japón, el consumo de acero en Asia es más elevado actualmente que en Es-

Lien Chan es primer ministro de la República de China en Taiwan.

tados Unidos o la Comunidad Europea. El transporte aéreo y en contenedores es ya superior en volumen al de Estados Unidos y Europa. Para finales de siglo, Asia representará una tercera parte del crecimiento previsto del planeta. Actualmente, el sureste asiático proporciona a Estados Unidos la oportunidad de intercambiar 360.000 millones de dólares en sus relaciones comerciales, y un mercado para más de 132.000 millones de dólares en exportaciones. Más de 2.600.000 puestos de trabajo estadounidenses dependen de que continúe la disponibilidad de los mercados del sureste asiático para sus exportaciones. En una comunidad económica cada vez más interdependiente, ha adquirido una importancia vital el mantenimiento de la paz, la estabilidad y la prosperidad en Asia.

Aunque Asia está menos amenazada actualmente por la rivalidad de las superpotencias de lo que lo estuvo en el pasado, todavía existen motivos de preocupación, como la escalada militar en la región. Corea del Norte se ha resistido tenacemente a la inspección de sus principales plantas nucleares, alimentando la sospecha cada vez mayor de que se está dedicando a la fabricación de armas nucleares. Las autoridades de China continental se han negado obstinadamente a renunciar al uso de la fuerza contra la República de China en Taiwán. Pekín ha aumentado en gran medida su presupuesto militar y ha adquirido a Rusia aviones de gran autonomía y otro armamento sofisticado, lo cual le concede la capacidad de proyectar sus fuerzas más allá de sus fronteras y de poner nerviosos a sus países vecinos.

Por otra parte, en casi toda Asia existe la posibilidad de que se produzcan disputas territoriales, así como reivindicaciones conflictivas de islas costeras, prolongaciones de plataforma continental adyacente y zonas económicas exclusivas. Por ejemplo, existen reivindicaciones encontradas respecto a los islotes, atolones y arrecifes del mar de China meridional; la ROC, China continental, Malasia, Vietnam y Filipinas están desplegando garniciones militares en algunos de ellos. A pesar de que la ROC ha propuesto dejar a un lado los asuntos sobre la soberanía de los islotes del mar de China meridional para desarrollar conjuntamente los recursos naturales en beneficio de todos, esta propuesta no ha obtenido, hasta el momento, respuesta alguna.

Estos conflictos territoriales potenciales se ven agravados por tensiones comerciales. Existen diferencias entre Japón y sus vecinos regionales en cuanto a comercio, transferencia de tecnología y explotación de recursos. Los problemas medioambientales y de tráfico de drogas no hacen más que sumarse a las dificultades reales y potenciales. Todas estas fuentes de tensión han dado lugar a una viva discusión sobre la mejor manera de combatir las dificultades que surgirán entre los miembros de la región del Asia Pacífico en un futuro próximo.

El presidente Lee Teng-hui de la República de China propuso en septiembre de 1991 que los países de la región apoyaran los principios de respeto a la democracia y a los derechos humanos, incluyendo la redefinición del concepto de soberanía; que sustituyeran la fuerza militar por la negociación y abandonaran la guerra como medio de resolver las disputas internacionales; que fomentaran la economía de mercado a través de un sistema econó-

mico mixto; que reforzaran el sistema de seguridad colectivo constituido por las organizaciones regionales y las Naciones Unidas; y que promovieran el concepto de una comunidad orgánica, que él denomina *gemeinshchaft*, para abordar conjuntamente los problemas de la población global.

El Gobierno de la ROC prevé inversiones masivas de sus ciudadanos en las naciones del sureste asiático, incluyendo el desarrollo de la bahía de Subic en Filipinas. Recientemente, en febrero de este año, el presidente Lee encabezó un gran grupo de funcionarios del Gobierno de la ROC —que incluía al ministro de Asuntos Exteriores, Frederik F. Chien— y de empresarios, en una misión de estudio en Filipinas, Indonesia y Tailandia. Además de reunirse con los líderes de los gobiernos y los responsables de la planificación económica de estos países, conversó con los trabajadores y los agricultores para conocer sus necesidades reales.

Los líderes de los gobiernos de otros países de la región del Asia Pacífico también han reconocido la necesidad de crear agencias multilaterales para afrontar los problemas regionales. Uno de los proyectos más notables de los aparecidos hasta ahora es el foro de Cooperación Económica del Asia Pacífico (APEC). En nombre de la APEC, el presidente Clinton invitó a los líderes del Asia Pacífico a una cumbre, tras su sesión ministerial celebrada en Seattle en noviembre de 1993. Está prevista otra cumbre de dirigentes de las naciones miembros de la APEC que se celebrará en Indonesia este año, la cual contribuirá a dar más relevancia a la organización regional.

Una razón evidente para elegir la APEC es su política no excluyente de admisión de países miembros. A diferencia de otras organizaciones regionales, tanto la ROC en Taiwan como China continental, son miembros de la APEC. Hace unos años, Australia presionó a los países asiáticos para que configuraran precisamente una infraestructura institucional que incluyera a todos, capaz de afrontar los asuntos económicos, políticos y de seguridad que surgieron al finalizar la guerra fría.

La razón para defender un criterio de entrada sin prejuicios en una organización como ésta se basa en el reconocimiento de que, si dicha organización debe proporcionar un foro para la resolución multilateral de problemas “insolubles”, es esencial que se dé a todas las partes implicadas una oportunidad equitativa para estudiar las soluciones propuestas. Tanto el buen sentido como la moral pública aconsejan que se permita el acceso de todas las comunidades de la cuenca del Pacífico a las organizaciones que se están constituyendo para resolver los asuntos regionales. A propósito de lo anterior, Australia ha manifestado que una asociación regional eficaz en la región del Asia Pacífico debe, en última instancia, englobar a todos los países del área, incluyendo la República Socialista de Vietnam y la República Democrática Popular de Corea. Ni las diferencias ideológicas, ni los sistemas políticos o económicos alternativos, ni los distintos criterios sobre seguridad deberían ser motivo de exclusión de la calidad de socio.

El razonamiento de esta posición es meridianamente claro. Si los asuntos a los que se enfrenta la comunidad del Asia Pacífico son tan complejos como todos están dispuestos a admitir, cualquier intento serio de resolución de estos problemas ha de suponer necesariamente la participación de todas

las partes implicadas. Esto es especialmente cierto teniendo en cuenta que los participantes potenciales son comunidades de vital importancia para el desarrollo económico y político de toda la región. El potencial de la APEC, por ejemplo, se vería significativamente disminuido en caso de que la República de China en Taiwán fuera excluida de la asociación. La ROC mantiene relaciones efectivas con más de 150 países de la comunidad Internacional, es el principal inversor en el sureste asiático y la China continental, es la decimocuarta economía comercial del mundo, el sexto socio comercial de Estados Unidos, ocupa el vigésimoquinto lugar del mundo en renta *per capita* y es el segundo país del mundo en reservas de divisas. En consecuencia, la ROC es un socio indispensable de organizaciones internacionales como la APEC, de la cual es miembro desde 1991.

Desde el final de la guerra fría, es evidente que el multilateralismo es el principio que preside cada vez más los acuerdos de las relaciones económicas, políticas y estratégicas de Asia. Paralelamente al multilateralismo, ha crecido la idea de apoyar la admisión universal en todas las organizaciones dedicadas a asuntos regionales.

Si ésta es la realidad sobre los acontecimientos en Asia, existen considerables pruebas que hacen pensar que la comunidad mundial de naciones está reaccionando prácticamente de la misma manera a un panorama similar de influencias internacionales. Recientemente, se ha requerido de las Naciones Unidas que asuma responsabilidades singulares. La ONU ha asumido importantes responsabilidades en el Cuerno de África y en la antigua Yugoslavia de una manera que no tiene precedentes.

También se aprecian transformaciones en Estados Unidos, donde una encuesta de opinión pública de la revista *Time*, en marzo de 1991, reveló que el ochenta por cien de los norteamericanos estaban a favor de asignar responsabilidades de pacificación a Naciones Unidas, en vez de que fueran asumidas por las fuerzas armadas de Estados Unidos. Este cambio de actitud se ha reflejado en la política exterior norteamericana reciente. El apoyo sin precedentes de Washington a la APEC como Foro para el tratamiento multilateral de los problemas políticos, económicos y de seguridad en Asia, parece expresar un grado creciente de interés de los estadounidenses por la resolución colectiva de las controversias. Es más, Estados Unidos ha recurrido a la mediación de las Naciones Unidas en Somalia y Bosnia. El recurso a la ONU demuestra una inversión en multilateralismo nunca vista en la historia de la política exterior norteamericana.

Al igual que sus homólogos del área del Asia Pacífico, muchos países de la comunidad internacional parecen compartir la disposición de EE UU para recurrir al multilateralismo como principio en la búsqueda de soluciones a problemas complejos. De este modo, las Naciones Unidas son la versión ampliada de la APEC: lo que se espera de la APEC para la región del Asia Pacífico, se espera de las Naciones Unidas para la comunidad mundial.

El mismo razonamiento que induce al apoyo de la APEC, serviría para respaldar que las Naciones Unidas tuvieran atribuciones más amplias. Si la ONU ha de asumir responsabilidades sin precedentes para resolver los numerosos problemas acuciantes que se plantean a la co-

munidad internacional, el principio de adhesión universal es igualmente aconsejable.

La complejidad e insolubilidad de los problemas globales reflejan las características de los problemas que se plantean en la región del Asia Pacífico y requieren la plena participación de todos los representantes políticos cuyos intereses están directa o indirectamente involucrados. La ausencia de la República de China de las listas de miembros de la organización mundial supone una amenaza para la capacidad de éxito de esa organización. Atendiendo a cualquier criterio racional, la ROC es una entidad poderosa e importante, con derecho a representación en el organismo mundial.

Los llamamientos a favor de la participación de la ROC en las Naciones Unidas empezaron a principios de la década de los noventa, al hacerse evidente a los dirigentes de la ROC que las circunstancias que dominan los asuntos internacionales habían sufrido una profunda alteración. El presidente Lee Teng-hui encargó a los ministerios nacionales correspondientes que estudiaran la cuestión de la plena participación de la ROC en las Naciones Unidas. Se realizó un esfuerzo para proporcionar a los veintiún millones de ciudadanos de la ROC la representación en el organismo internacional que le confieren los derechos humanos fundamentales.

La República de China fue miembro de las Naciones Unidas en sus comienzos, cuando se fundó la organización al terminar la Segunda Guerra mundial. La ROC colaboró en la redacción de la Carta de la organización mundial y contribuyó a formular los tratados que hicieron de los derechos humanos materia de jurisprudencia internacional.

En las décadas de los cincuenta y sesenta, la rígida bipolaridad de la comunidad internacional garantizó el apoyo de EE UU a la República de China. La ROC fue un importante aliado de la coalición anticomunista organizada para contener la expansión del marxismo revolucionario en Asia. El apoyo de la ROC en los conflictos de la península de Corea y del sureste asiático no fue en absoluto infructuoso. La lealtad a la ROC animó a decenas de millones de expatriados chinos en varios países a unirse a la causa anticomunista en lugar de servir como quinta columna.

Sin embargo, a mediados de los años sesenta, el conflicto chino-soviético se agravó: la comunidad internacional no era ya tan claramente bipolar en cuanto a alineaciones de poder. La fractura del comunismo a lo largo de una falla entre China y Rusia incitó a las naciones occidentales a coquetear con Pekín para así oponerse a Moscú. En aquel momento, el ingreso de China continental en Naciones Unidas se convirtió en un asunto preocupante. Se explicó que “por el bien de la comunidad mundial”, se debería permitir a China continental que “saliera de su aislamiento” y estableciera relaciones con la coalición antisoviética.

En última instancia, la situación acabó derivando en una disyuntiva entre la continuidad de la ROC en el organismo mundial o la entrada de China continental. En octubre de 1971 la Asamblea General de las Naciones Unidas, con la conformidad de Estados Unidos, votó el traspaso del “escaño chino” de la ROC a China continental y la ROC dejó de ser miembro. Para entonces, ya se consideraba a China continental como un “aliado” informal

de Estados Unidos. Fue necesario sacrificar los intereses inmediatos de la República de China en Taiwan para atender los intereses económicos, políticos y de seguridad de la comunidad mundial.

No obstante, aquel tiempo ya pasó, y la situación ha cambiado. En los años noventa el mundo ya no es geopolíticamente bipolar. Ya no sirven para nada los sacrificios de la ROC. Tanto China continental como la República de China son miembros de la comunidad mundial de naciones y ambas deberían estar representadas en las Naciones Unidas.

Hoy en día, no hay prácticamente hostilidad que divida la República de China de su homólogo continental. Taipei ha renunciado a hacer uso de la fuerza para resolver sus diferencias con Pekín. En la ROC ya no se consideran “rebeldes” a los comunistas chinos. Actualmente, el régimen comunista se ve como una entidad política que gobierna el continente.

Las relaciones entre ambos lados del estrecho mejoraron notablemente tras la suavización de la política de la ROC hacia el continente: los empresarios de Taiwan están entre sus principales inversores. Millones de ciudadanos de la ROC han visitado el continente en los últimos años. La legislación de la ROC permite a los ciudadanos de China continental visitar Taiwan para reunirse con sus familiares. Se invita a los escolares del continente a que participen en congresos en Taiwan y se permite a los artistas continentales que actúen en Taiwan sin restricciones. El pasado mes de marzo se organizó una gran exposición de libros publicados en el continente, a la que asistieron decenas de miles de personas.

El creciente contacto entre los dos lados del estrecho de Taiwan ha provocado nuevos problemas, como conflictos pesqueros, contrabando de personas y mercancías, delitos contra turistas taiwaneses y secuestro de aviones en ruta del continente a Taiwan. La necesidad de resolver estos problemas ha dado lugar al establecimiento de organizaciones intermedias, primero en Taiwan y más tarde en el continente. La organización que representa a Taiwan se denomina la Fundación de Intercambio del Estrecho (SEF). Su homólogo en el continente es la Asociación para las Relaciones a través del Estrecho de Taiwan (ARATS).

Los presidentes de estas dos organizaciones semioficiales se reunieron por primera vez el año pasado en Singapur y firmaron cuatro acuerdos. Después de ese encuentro, se celebraron varias reuniones a menor nivel en Pekín y en Taipei, durante las cuales los representantes de las dos organizaciones hablaron largamente, pero con escasos resultados, principalmente debido a que las autoridades de China continental se negaron a reconocer a la ROC como una entidad política, a pesar de que esta última había reconocido al régimen continental como tal hace mucho tiempo. En un vano intento por reescribir la historia, Pekín está tratando de pasar por alto la realidad de que Taiwan es parte soberana de la República de China desde hace cuatro décadas sin interrupción, y que los tentáculos del dominio comunista en ningún momento han llegado hasta la isla. Esta antiguada política de “pataleta” por parte de los comunistas chinos supone un obstáculo importante para la participación de la ROC en las Naciones Unidas.

Sin embargo, lo cierto es que ya no existe ninguna razón de las que hayan podido justificar el sacrificio de la ROC en el altar internacional a

favor de las ambiciones hegemónicas de Pekín a principios de los años setenta. La exclusión de la ROC de las Naciones Unidas no sirve ya para ningún fin, ni estratégico ni de otro tipo. Bien al contrario, su participación sería de notable valor para el organismo mundial.

El 2 de septiembre de 1993, la *Far Eastern Economic Review* identificó a la República de China en Taiwan como “la verdadera revolución china”. La revista elogió a Taiwan por haber conseguido “una próspera sociedad china, con un gobierno propio, que avanza rápidamente hacia una democracia liberal”, un logro envidiado por la mayoría de las comunidades menos desarrolladas del mundo. Como miembro de la ONU, la ROC podría compartir más eficazmente con otros su experiencia en desarrollo económico y democratización política. En el despertar de su explosivo crecimiento económico durante la pasada década, la ROC ha sido testigo de una serie de revoluciones pacíficas. El poder ha cambiado de manos y se ha reelegido una nueva asamblea. A diferencia de lo sucedido en la mayoría de las naciones en desarrollo, estas revoluciones han ocurrido sin derramar una gota de sangre. Están ya en camino otros cambios democráticos más profundos, puesto que para finales de este año están fijadas elecciones a gobernador de Taiwan y a las alcaldías de las dos mayores ciudades.

Recientemente, el Banco Mundial trató de investigar qué estrategias de desarrollo de las empleadas por las economías asiáticas que más rápidamente han crecido y se han modernizado podrían ser aplicadas a otros países en desarrollo. El estudio es incompleto, porque no contiene datos de la República de China. Esto no es culpa del Banco Mundial, sino que, al estar ausente la ROC de las Naciones Unidas, no se puede valorar ni analizar adecuadamente su evolución. En los informes oficiales de la ONU y de sus organizaciones filiales, los datos sobre la ROC están en blanco o incompletos, con lo cual se pierde rigor y se desvirtúan las conclusiones.

A lo largo de los años, la República de China ha dado numerosas pruebas de su disposición para contribuir activamente a las labores humanitarias, económicas y culturales de la comunidad de naciones. Durante la pasada década, la ROC se ha convertido en un importante donante de ayuda internacional y asistencia material. Ya en 1980, la ROC proporcionó apoyo financiero al Fondo de Ayuda para Damnificados de Desastres. En 1988, la ROC fundó el Fondo de Desarrollo y Cooperación Económica Internacional, y a lo largo de los años ha habido 43 equipos de cooperación técnica de la ROC que han colaborado en el desarrollo de 31 países. Los esfuerzos de la ROC sólo se han visto obstaculizados por su ausencia como miembro de la ONU. Tras la destrucción provocada por la guerra del golfo Pérsico, por poner un ejemplo, la ROC estaba dispuesta a proporcionar ayuda económica a algunos países devastados por la guerra. Sus intentos se vieron frustrados por el hecho de no ser miembro de las Naciones Unidas.

Hace dos décadas, cuando se defendió la entrada de China continental en la organización mundial, uno de los principales argumentos fue que “no se ignorase la realidad”. China continental era demasiado “real” para ser olvidada. Hoy en día no se puede decir menos de la ROC. El 10 de noviembre de 1990, el *New York Times* publicó en un editorial que Tai-

wan era “demasiado grande para ser ignorado”. Esto es aún más cierto hoy que en 1990.

Por supuesto, se ponen en peligro muchos otros intereses fundamentales con la exclusión de la ROC de la plena participación en las actividades de la organización internacional. Cualquier cuestión, desde la cooperación en el tratamiento de las amenazas medioambientales regionales y globales, a la resolución de los conflictos internacionales, precisa de la participación universal y sin restricciones de todas las partes cuyos intereses están involucrados directa o indirectamente en el proceso. Sin una activa cooperación global, se estará comprometiendo la capacidad de la humanidad para resolver sus problemas más acuciantes. Todo indica que las Naciones Unidas, como principal autoridad internacional del mundo, debe obrar de acuerdo con su propio principio de universalidad respecto a sus socios.

Además de todo lo anterior, hay una cierta ironía en el hecho de que la República de China, que ha actuado como fundador de las Naciones Unidas y ha colaborado materialmente en la redacción de su Carta y sus tratados de derechos humanos, vea peligrar sus derechos políticos, sociales y económicos por las acciones de la propia ONU.

El preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas contiene una declaración de los firmantes sobre su “... fe en los derechos humanos fundamentales, (...) en los derechos equitativos de (...) naciones grandes y pequeñas”. Se reconoció a la nación como el medio a través del cual se entendía que la comunidad internacional transmitía los derechos a los individuos. Sin representación en el organismo mundial, esos derechos, tanto en sentido estricto como amplio, están amenazados. Sin representación en las Naciones Unidas, a los ciudadanos de la ROC se les niega el derecho a participar en debates que bien podrían afectar a sus principales intereses sociales, económicos y de seguridad.

El hecho de que la ROC no esté representada en los foros de las Naciones Unidas ha dado lugar a discriminaciones contra sus ciudadanos cuando viajan al extranjero. Esto niega el derecho fundamental de nacionalidad a los ciudadanos de una comunidad de mayor magnitud en cuanto a población y poderío económico que las dos terceras partes de los países y territorios que son actualmente miembros de la ONU.

En el mundo de mediados de los años noventa no existen ya razones, ni prácticas ni morales, para seguir denegando a la República de China un lugar en las Naciones Unidas. Las objeciones del régimen comunista chino continental son la única razón que impide la presencia de la ROC en la ONU.

Durante dos décadas, las autoridades de Pekín se han opuesto obstinadamente a la participación de la ROC en las Naciones Unidas y sus organizaciones integrantes. El razonamiento básico ha sido que dicha participación establecería una personalidad internacional independiente para la ROC, fomentando así una división permanente en China. No está clara la razón por la que el Gobierno de Pekín estima que esto sería así, pero muchas naciones parecen temer la venganza de Pekín y han decidido no poner en duda su liderazgo en el continente chino.

El pueblo y los dirigentes de la ROC están convencidos de que la realidad acabará por convencer a Pekín para que retire sus objeciones a la plena participación de la ROC en la comunidad internacional. No existen pruebas verosímiles de que la participación de la ROC sea perjudicial para las perspectivas de la reunificación definitiva de China.

De hecho, la experiencia apunta a lo contrario. En 1973 tanto Alemania oriental como occidental ingresaron en las Naciones Unidas como participantes de pleno derecho. La República Democrática Alemana marxista y la República Federal Alemana normalizaron sus relaciones por el tratado de diciembre de 1973. Este acuerdo de ingreso por separado no impidió la reunificación final de la nación alemana, dividida desde la Segunda Guerra mundial. Asimismo, en el otoño de 1991, Corea del Norte y del Sur entraron simultáneamente en las Naciones Unidas como miembros de pleno derecho. Ni Pyongyang ni Seúl han manifestado temor alguno a que esto obstaculice la reunificación final de la península de Corea.

Existen razones suficientes para suponer que la plena representación de toda China en la ONU favorecería la reunificación en vez de retrasarla, mediante la intensificación de los contactos y de la influencia mutua entre Taiwan y el continente, en el entorno neutral de los foros internacionales. El contacto entre Taiwan y el continente en condiciones de equidad y respeto mutuo no puede más que solidificar las bases sobre las que se construiría una China unida, democrática y próspera.

En este sentido, tanto el pueblo como los dirigentes políticos de la República de China están obligados a intentar conseguir los derechos que les corresponden como miembros de la comunidad internacional regulada por la ley. Tanto el Derecho internacional, como el Derecho en general, están basados en la equidad y la razón. Todo principio de equidad y toda medida de razonamiento correcto abogan por la plena participación de la ROC en la ONU. Estos, junto con consideraciones prácticas innegables, exigen la integración de la ROC en todos los organismos regionales e internacionales.

El pueblo de la ROC está animado por el convencimiento de que la justicia y la razón les confieren el derecho a la plena participación en todas las actividades legítimas de la comunidad mundial. Con estas convicciones, ni el pueblo ni los dirigentes de la ROC se van a amedrentar ante la oposición de Pekín. El Gobierno de la República de China representa a una comunidad que se ha levantado de la pobreza y el atraso industrial a la riqueza y la modernidad. Los habitantes de esta nación, fundada sobre los principios de prosperidad económica equitativa y de democracia, que han sobrevivido y prevalecido sobre los imponderables de su proyecto de crecimiento y modernización, perseverarán en su petición de obtener su lugar legítimo en las Naciones Unidas. No importa el tiempo que se tarde ni cuántos obstáculos se encuentren, la legitimidad de su causa les hace confiar en el éxito final.